

bases, pero como diversion de día festivo, por más que el número de voluntarios ha disminuído mucho (antes eran unos treinta mil), es todavía un espectáculo brillante.

LAS CORRIDAS DE TOROS

El día 31 de Marzo se inaugura el espectáculo de las corridas de toros. Hablemos del particular, pues el asunto lo merece.

Los que hayan leído la descripción de Baretti, estén convencidos de que no han leído nada. Baretti sólo vió las corridas de Lisboa, que son juegos de chiquillos comparadas con las de Madrid. En la capital de España se halla el trono del arte: allí se encuentran los grandes artistas, allí los espectáculos llenos de pompa, allí los espectadores expertos, allí los jueces que sancionan la gloria. La plaza de Madrid es el *Teatro de la Scala* de la tauromaquia.

La inauguración de las corridas de toros en Madrid es mucho más importante que un cambio de ministerio. Meses antes el anuncio circula por toda España: de Cádiz á Barcelona, de Bilbao á Almería, en el palacio de los grandes y en los tugurios de los pobres, todo el mundo habla de los toros y de las ganaderías. Fórmanse trenes de recreo entre la capital y las provincias. El que se encuentra escaso de dinero economiza cuanto puede para obtener un buen sitio en la plaza el día solemne; los padres pro-

meten á sus hijos aplicados que los llevarán á los toros, y los amantes se lo ofrecen también á sus novias; los diarios auguran que la temporada será magnífica; los toreros contratados, á los cuales ya se ve andar por Madrid, son señalados con el dedo; corre el rumor de que los toros han llegado ya y todos desean verlos. Son de las ganaderías de Veraguas, del marqués de la Merced, de la Excelentísima viuda de Villaseca, maravillosos y formidables. Se abre el abono y á él acuden en tropel los *dilettanti*, los criados de las familias nobles, los revendedores y los que han recibido encargo de sus amigos ausentes para recogerles la localidad. El primer día el empresario recauda cincuenta mil francos; el segundo, treinta mil; en una semana, cien mil. Frascuelo, el famoso espada, ha llegado ya; Cuco se halla también entre nosotros; viene por fin Calderon: ¡pero faltan tres días todavía!... Millares de personas se ocupan exclusivamente de las corridas; damas hay que sueñan con la plaza, ministros que no tienen la cabeza para los negocios, viejos aficionados á quienes no se les cuece el pan, y obreros, en fin, que no fuman su cigarrillo por el afán de tener algunos ochavos más el día del espectáculo. Por fin, llega la víspera: el sábado por la mañana empiezan á vender billetes en un cuarto bajo de la calle de Alcalá. El público espera largo rato antes de que se abran las puertas del despacho; la gente se empuja, se aprieta, se pisa; veinte guardias de policía con el revólver en la cintura sudan agua y sangre por sostener el orden; hasta la noche no cesa el movimiento de ir y venir. Y llega por úl-

timo el deseado día. El espectáculo empieza á las tres: desde las doce el público se pone en marcha hácia la plaza. El circo se encuentra en la extremidad del barrio de Salamanca, más allá del Prado, fuera de la puerta de Alcalá; todas las calles que á él conducen se ven invadidas por una multitud inmensa; los alrededores de la plaza parecen un hormiguero. Allí están los batallones de soldados y voluntarios de la libertad con sus músicas á la cabeza; los aguadores y naranjeros llenan el aire con sus gritos; los revendedores de billetes corren de aquí para allá atraídos por mil voces. ¡Desdichado del que no tiene billete todavía! Pagará el doble, el triple; ¿pero qué importa? Se han pagado por un billete cincuenta, ¡hasta ochenta francos! Se espera al rey y dicen que la reina también vendrá; van llegando los coches de la gente de elevada alcurnia; el duque de Fernan Nuñez, el de Abrantes, el marqués de la Vega de Armijo, una muchedumbre de grandes de España, la nata y flor de la aristocracia, los ministros, los generales, los embajadores, cuanto bueno, rico y poderoso encierra la grandiosa villa. Se entra á la plaza por muchas puertas; pero antes de entrar ya está uno aturdido.

Entré: la plaza es inmensa. Vista por la parte exterior nada notable ofrece: es un edificio circular, bajo, sin ventanas y pintado de amarillo; pero una vez dentro se queda uno maravillado. Es un circo para todo un pueblo: puede contener diez mil espectadores y en él podría maniobrar un regimiento de caballería. La arena es circular y de gran diámetro,

pudiendo contener diez circos ecuestres de los nuestros: hállase rodeada de una barrera de madera que se eleva hasta la altura del cuello de un hombre; por la parte exterior la recorre una pequeña grada que se eleva poco del suelo, en la cual apoyan el pié los toreros para saltar por encima de la barrera cuando se ven perseguidos por el toro. Detrás de esta barrera hay otra más alta, porque el bicho salta la primera con mucha frecuencia; entre las dos queda un espacio de poco más de un metro, por donde discurren los toreros antes de la brega y donde se colocan durante la misma los empleados de la plaza, los carpinteros, dispuestos á reparar cualquiera avería que pueda hacer el toro, los vendedores de naranjas, los aficionados amigos del empresario y la gente de arraigo que puede á mansalva faltar al reglamento. Detrás de esta segunda barrera se elevan las gradas de piedra; detrás de las gradas, los palcos, y en los palcos una galería ocupada por tres filas de sillas. En los palcos pueden colocarse cómodamente dos ó tres familias. El del rey es una sala grandiosa. El del Ayuntamiento se halla contiguo al de la familia real, y desde allí el alcalde, ó el que le sustituya, preside la corrida. Tienen también su palco correspondiente el gobernador, los ministros, los embajadores. Cada familia noble cuenta con el suyo: los jóvenes *buntonistas*, como diría Giusti, se abonan á uno en común; y siguen despues los palcos de alquiler, que cuestan un ojo de la cara. Todos los puestos de las gradas están numerados, y como cada concurrente tiene su billete, se verifica la entrada sin el menor

desórden. La plaza se halla dividida en dos: la parte donde da el sol y la que queda á la sombra; las localidades de ésta son más caras que las otras, de modo que al sol solo va el pueblo bajo. El redondel tiene cuatro puertas equidistantes: la puerta por donde salen los *toreros*, la que da paso á los caballos, la que se abre para dar salida al toro y la reservada á los que anuncian el espectáculo, debajo del palco del rey. Sobre la puerta por donde sale el toro, se levanta una especie de terrado que se llama *el toril*: ¡feliz el que puede hallar un sitio allí! Sobre este terrado, y en un pequeño palco, se colocan los que á una señal del presidente hacen sonar el clarín y el tambor para anunciar la salida del toro. Frente al toril, en la parte opuesta de la plaza y sobre las gradas, se halla la banda municipal. Las gradas están divididas en secciones, cada una de las cuales tiene su puerta de entrada. Antes de empezar el espectáculo el público puede pasearse por el redondel y recorrer todo el edificio. Van á ver los caballos, encerrados en una cuadra y destinados en su mayoría á morir; véñese también los toros, metidos en oscuros corrales, por los que pasan los bichos hasta salir á un corredor, desde el cual se lanzan á la arena; se visita la enfermería, á la que son conducidos los *toreros* heridos. Antes había también una capilla, en la que se celebraba el sacrificio de la misa durante la corrida y allí iban los *toreros* á rezar antes de afrontar la fiera. Se visita asimismo la puerta principal, donde se hallan expuestas las *banderillas* que han de ser clavadas en el cuello del toro y donde se ve una multitud de to-

ros viejos, cojo éste, sin brazo el otro, estropeado el de más allá, ó *artistas* jóvenes no admitidos todavía á los honores del circo de Madrid. Se compra un número del diario *El Boletín de los toros*, que ofrece maravillas para la *función* del día; se pide á cualquier empleado el programa del espectáculo, que es un papel impreso, dividido en columnas, donde se van anotando las picas, las estocadas, las heridas, los accidentes; se dan unas vueltas por los interminables corredores, y las interminables escaleras entre una muchedumbre que va y viene, sale y entra gritando y alborotando de un modo tal, que no parece sino que el edificio tiembla, y por último se vuelve cada uno á su puesto.

El circo está lleno de bote en bote y ofrece un espectáculo que no puede imaginar quien no lo haya presenciado; es un mar inmenso de cabezas, de sombreros, de abanicos, de manos que se agitan en el aire: en los tendidos de sombra, ocupados por los *señores*, todo oscuro: en los de sol, donde se sienta el pueblo bajo, mil vivísimos colores de abigarrados vestidos, sombrillas, abanicos de papel; en fin, una inmensa mascarada. No queda sitio ni para un chiquillo; la muchedumbre, compacta como una falange, se contenta con mover los brazos, porque salir de allí es imposible. Y no es aquel el rumor, el estrépito de los teatros: es muy distinto. Es una agitación, una vida propia del circo únicamente. Todos gritan, se llaman, se saludan con una alegría frenética, los chiquillos y las mujeres chillan y los hombres más graves bromean como muchachos. Los jóvenes,

formando grupos de veinte ó treinta, gritando todos á compás y dando con los bastones en las gradas, anuncian al representante del municipio que ya es la hora. En los palcos hay un movimiento de espectadores digno del gallinero de un teatro de tarde; con la gritería de la muchedumbre se mezclan los gritos de los vendedores, que tiran naranjas por todos lados. Toca la banda, rugen los toros, se oye el rumor de la gente que se ha quedado fuera de la plaza, y antes de empezar la corrida se halla ya el público fatigado, ébrio, perdida la cabeza.

De pronto se oye un murmullo:—*¡El Rey!*—Y, en efecto, el rey ha llegado: ha venido en un coche tirado por cuatro caballos blancos, montados por criados vestidos con el pintoresco traje andaluz. Se abren las vidrieras que cierran el palco real y entra el rey con su cortejo de ministros, generales y mayordomos. La reina no ha venido: se prevenía, porque se sabe que este espectáculo le causa horror. Pero no podía faltar el rey: ha venido siempre y hay quien dice que está loco por los toros. Es ya la hora y empiezan. Me acordaré toda la vida del frío que entonces sentí correr por las venas.—Suena el clarín: cuatro guardias del circo, á caballo, con sombrero y plumas á lo Enrique IV, capa negra, jubon, botas y espada, salen por la puerta de debajo del palco real y con paso lento dan la vuelta á la pista. La gente despeja, cada uno va á su puesto y la arena queda limpia y sin estorbos. Los cuatro caballeros se colocan dos á dos ante la puerta, cerrada todavía, que se halla frente al palco del rey. Diez mil espectadores tienen allí puestos sus

ojos y el silencio es general: de allí ha de salir la *cuadrilla*, todos los toreros de gran gala, que han de presentarse al rey y al pueblo. Suena la música, se abre la puerta, resuena una nutrida salva de aplausos y avanza la cuadrilla. Van á la cabeza de ésta los tres *espadas*, Frascuelo, Lagartijo, Cayetano, los tres famosos, vestidos con el traje de Figaro del *Barbero de Sevilla*, de seda, de terciopelo amarillo, encarnado, azul, cubiertos de alamares, franjas, galones de oro y plata que casi cubren todo el vestido y envueltos en anchas capas amarillas ó encarnadas: medias blancas, faja de seda, una trenza en la nuca y una montera de borlas. Siguen los *banderilleros* y los *capeadores*, formando un grupo, y cubiertos también de oro y plata; detrás los *picadores* á caballo, dos á dos, con la larga pica en la mano, con sombrero gris, bajo y de anchísimas alas, una recamada chaqueta, y pantalones de piel amarilla de búfalo forrados por dentro con planchas de hierro; inmediatamente despues los *cbulos*, ó servidores, vestidos con sus ropas de gala. Todos atraviesan la arena majestuosamente, dirigiéndose hácia el palco del rey.

No puede imaginarse nada más pintoresco que aquel espectáculo. Hay allí todos los colores de un jardín, todos los esplendores de un cortejo real, toda la alegría de una comparsa de máscaras y toda la majestad de un ejército de guerreros. Entornando los ojos solo se ve una nube de oro y plata. Y son hombres hermosísimos: los *picadores*, altos y fornidos como atletas; los otros ligeros, esbeltos, de formas intachables, tez morena y ojos grandes y fieros, figu-

ras de gladiadores antiguos, vestidos con la opulencia de príncipes asiáticos.

Toda la *cuadrilla* se detiene delante del palco real, y saluda; el alcalde hace señal de que pueden empezar: desde el palco tira á la arena la llave del *toril*, donde los toros se hallan encerrados; un guardia del circo la recoge y la entrega al guardián que se coloca junto á la puerta, dispuesto á abrirla. El grupo de toreros se deshace: los *espadas* saltan la barrera; los capeadores se distribuyen por la arena agitando sus capas amarillas y encarnadas; los *picadores*, unos se retiran esperando que les toque el turno, mientras que los otros, espoleando los caballos, se colocan á la izquierda del toril, á la distancia de unos veinte pasos los unos de los otros, dando la espalda á la barrera y lanza en ristre. Aquellos momentos son de agitación, de ansiedad indescriptible: todas las miradas se fijan en la puerta de la cual ha de salir el toro; todos los corazones palpitan; reina en la plaza un silencio profundo; solo se oye el mugido del toro, que avanza de encierro en encierro, en la oscuridad de su estrecha cárcel, gritando así "¡Sangre! ¡sangre!" Tiemblan los caballos; palidecen los *picadores*; trascurrir un instante, suena el clarín, se abre la puerta: un toro enorme se lanza á la arena y un grito formidable, salido á la vez de diez mil pechos, le saluda. Empieza la carnicería.

¡Ah! es necesario tener las fibras fuertes: en aquel momento se queda uno blanco como un cadáver.

Solo recuerdo confusamente lo que sucedió en los primeros momentos, porque á decir verdad, yo no

sabía donde tenía la cabeza. El toro se abalanzó contra el primer picador, retrocedió despues, volvió á hacer presa y arremetió contra el segundo; si hubo lucha no lo recuerdo; á los pocos instantes el toro se lanzó contra el tercero; despues corrió hasta el centro de la plaza, paróse allí y miró. Yo tambien miré y me cubrí la cara con las manos. Toda la parte de la arena que el toro había recorrido se hallaba cubierta de sangre: el primer caballo yacía en tierra, abierto el vientre y las entrañas fuera; el segundo, con el pecho abierto por ancha herida de la cual manaba un chorro de sangre, iba tambaleándose de un lado para otro; el tercero, tendido en el suelo, hacía inauditos esfuerzos para levantarse; los *cóulos*, presurosos, levantaban del suelo á los picadores, quitaban la silla y las bridas del caballo muerto, procuraban poner de pié al herido, y una gritería infernal salía de todos los ámbitos de la plaza. Así empieza por lo comun el espectáculo.—Los picadores son los primeros que reciben el choque del toro; le esperan á pié firme y le clavan la lanza entre cabeza y cuello en el momento en que la fiera se baja para arremeter y clavar los cuernos al caballo. Es necesario advertir que la lanza sólo lleva una pequeña punta que no puede abrir una profunda herida, y los picadores deben tener una mirada segurísima, un brazo de hierro y un corazón sereno; y no siempre aciertan; es más, lo frecuente es que no acierte, y entonces el toro clava sus cuernos en el vientre del caballo, y el picador da con su cuerpo en tierra. Pero corren los *capeadores*, y mientras el toro saca sus pitones de las

entrañas de sus víctimas, agitan la capa ante sus ojos, le distraen y hacen que les persiga, dejando seguro al caído para que los chulos le socorran, montándole en la silla, si el caballo puede tenerse en pié todavía, ó llevándole á la enfermería, si es que se ha roto la cabeza.

El toro, parado en mitad de la pista, con sus cuernos ensangrentados, mira jadeante á su alrededor, como diciendo: "¿quedan más víctimas todavía?"— Un enjambre de *capeadores* corre á su encuentro y le rodea: lo provocan, lo enfadan, le hacen correr de un lado á otro, sacuden la capa ante sus ojos, se la pasan sobre la cabeza, huyen en rápida carrera para volver á provocarlo, huyendo de nuevo en seguida, y el toro persigue á uno y á otro hasta llegar á la barrera, y allí da cornadas furiosas contra las tablas, escarba el suelo, da unos cuantos saltos, muge, vuelve de paso á clavar los cuernos en el vientre de los caballos muertos, se esfuerza en saltar la barrera y recorre la arena en todas direcciones. Durante este tiempo han entrado otros picadores para reemplazar á los que se han quedado sin caballo, colocándose á distancia unos de otros, á ambos lados de la banda del toril, esperando que el toro les embista. Los *capeadores* le llaman hácia ese lado: el toro, al ver el primer caballo, corre hácia él con la cabeza baja. Pero esta vez su ataque no tiene éxito; la lanza del picador le hiere en la espalda y le detiene; el toro se obstina, empuja, pero en vano: el picador se mantiene firme, el toro retrocede, el caballo se ha salvado, y resuena una tempestad de aplausos, saludando

al salvador. El otro picador no fué tan afortunado: el toro le atacó sin que tuviera tiempo de clavar la lanza; los formidables cuernos penetran en el vientre del caballo con la rapidez de una espada, se ensaña con la víctima y al poco rato se retira; las entrañas del pobre animal salieron y quedaron pendientes como un saeo hasta tocar al suelo; el picador queda montado. En lugar de desmontarse, se vió una cosa horrible: el *picador*, viendo que la herida no era mortal, espoleó el caballo y fué á colocarse más lejos, esperando un segundo ataque. El caballo atravesó la arena con las tripas colgando, pisándose las al andar y estorbando ellas su propia marcha. El toro le siguió algunos instantes y despues se detuvo. En aquel momento sonó el clarín: era la señal de retirarse los picadores. Abrióse una puerta y desaparecieron al galope uno tras otro, quedando en la arena dos caballos muertos y aquí y allá charcos de sangre que los chulos cubrían con tierra.

Después de los picadores vienen los *banderilleros*. Para los profanos ésta es la parte más divertida del espectáculo porque es la ménos cruel. Las *banderillas* son dos flechas de unas dos cuartas de largo, adornadas, con papel de color y armadas de una punta metálica, de tal suerte, que una vez clavada es imposible arrancarla; el toro, al agitarse y sacudirla, hace que penetre más y más. El *banderillero* coge dos flechas de esas, una en cada mano, se coloca á unos quince pasos delante del toro y lo provoca levantando las manos y gritando. El toro se lanza contra él; el *banderillero* á su vez corre al encuentro de la fie-

ra; ésta baja la cabeza para clavarle los cuernos en el vientre, y el torero aprovecha este movimiento para plantarle las banderillas en el cuello, una á cada lado, y se pone en salvo saltando apresuradamente de costado. Si se detiene, si le falta pié, si duda un sólo instante queda ensartado como un sapo. El toro mugge, da resoplidos, se enfurece y persigue á los banderilleros con espantosa furia; en un instante todos han saltado la barrera, la arena queda vacía. La bestia salvaje, con la boca llena de espuma, los ojos inyectados de sangre, destrozado el cuello, escarba la tierra con furor, se tira contra la barrera, pide venganza, quiere matar, necesita carne. Nadie se atreve á desafiarla; los espectadores gritan:

—¡Adelante! ¡Animo! ¡Otro banderillero!.—Este avanza y clava sus flechas; después un tercero, y de nuevo el primero. Aquel día le clavaron ocho. La infortunada bestia, cuando sintió la dolorosa impresion de las dos últimas, dió un mugido prolongado, espantoso, terrible, y lanzándose á la persecucion de uno de sus enemigos, le acosó hasta la barrera, la saltó y cayó con él en el corredor antes citado. Los diez mil espectadores se levantaron á la vez, exclamando: "¡Está herido!" Pero el banderillero había salido de la suerte sin un rasguño. El toro corrió adelante y atrás entre las dos barreras, recibiendo una lluvia de palos y patadas, hasta que dió con una puerta abierta, salió á la arena y la puerta se cerró tras él.

Entonces banderilleros y capeadores volvieron á rodearlo; uno de ellos, pasando por detrás, tiróle con violencia de la cola y desapareció como el rayo;

otro, corriendo, le enreda la capa en los cuernos; un tercero es tan audaz que le coge con la mano la ensangrentada divisa; un cuarto, el más temerario de todos, planta una lanza en el suelo en la misma línea que ha de seguir el toro, corre y da un salto por encima de la fiera, cae al otro lado y tira la garrocha entre las piernas del animal estupefacto. Y hacen todo esto con una rapidez de prestidigitador y una gracia de danzante, como si jugaran con una oveja. Durante este tiempo la muchedumbre hace retemblar el circo con carcajadas, aplausos, gritos de alegría, admiración y terror.

El clarin suena de nuevo: los *banderilleros* han terminado su suerte. Tócale el turno al *espada*. Este es el momento solemne, el desenlace del drama. El público se calla, las damas sacan la cabeza del palco y el rey se levanta. El célebre Frascuelo, teniendo en la mano la espada y la *muleta*, que es un pedazo de trapo colorado sostenido por un pequeño palo, pisa la arena, se adelanta hasta el palco Real, se quita la montera y ofrece al rey en frases poéticas el toro que va á matar; tira luego su montera al aire, como diciendo: "¡Venceré ó moriré en la demanda!" Y con su brillante cortejo de capeadores, avanza resueltamente hácia el toro. Entonces es cuando empieza una verdadera lucha cuerpo á cuerpo, digna de un canto de Homero. De un lado la bestia con sus terribles cuernos, su fuerza prodigiosa, su sed de sangre, fuera de sí por el dolor, ciega de cólera, horrible, espantable; de otro un jóven de veinte años, vestido como un bailarín, á pié firme, sin otra defensa más que una

ligera espada. ¡Más de diez mil miradas están fijas en él! El rey le prepara un regalo. ¡Su querida está allí, en un palco, y le mira ansiosa! ¡Mil damas tiemblan por su vida!... El toro se para y le mira: él á su vez mira al toro y agita ante sus ojos el trapo colorado. El toro baja la cabeza para arremeter, el *espada* se ladea, los formidables cuernos rozan su chaqueta, levanta la muleta y el bicho da la cornada en el vacío. Una tempestad de aplausos resuena en tendidos, gradas y palcos. Las damas miran con sus gemelos y exclaman: "¡Ni siquiera está pálido!"

Se restablece el silencio: no se oye ni una palabra, ni un murmullo. El audaz torero juega con la muleta ante el furioso animal; se la pasa sobre la cabeza, alrededor del cuello, por entre los cuernos; hace que el toro adelante, retroceda, salte; se hace embestir diez veces y otras tantas escapa de la muerte por un ligero movimiento; deja caer la muleta y la recoge á la vista del animal; se ríe en sus propias barbas, le insulta, le provoca, juega con él. Mas de repente se para, se pone en guardia, levanta la espada y calcula un golpe: el toro le mira; permanecen quietos un instante y se lanzan uno contra otro al mismo tiempo. Uno de los dos ha de morir. Diez mil miradas corren con la rapidez del rayo de la punta de la espada á las puntas de los cuernos; diez mil corazones se agitan con ansiedad y terror; los rostros todos están inmóviles; no se oye ni respirar; la inmensa muchedumbre parece petrificada... ¡Este es el instante terrible! El toro arremete y el torero hiera. Un solo grito agudo, seguido de inmensos aplausos, se

oye de todas partes; la espada ha penetrado hasta la empuñadura en el cuello del toro; la fiera se tambalea, y echando por la boca un río de sangre, cae de repente al suelo. El tumulto entonces es indescriptible: la multitud parece frenética. Todos se levantan, gesticulan y dan voces furiosas; las damas agitan sus pañuelos, aplauden y saludan al torero con el abanico; suena la música; el *espada* vencedor se acerca á la barrera y dá la vuelta á la plaza. A su paso, de las gradas, palcos y tendidos, los espectadores, locos de entusiasmo, le tiran á puñados los cigarros y arrojan á la arena carteras, bastones, sombreros, todo cuanto les viene á mano. Pocos instantes despues, el afortunado torero tiene el brazo lleno de regalos y pide auxilio á los capeadores. Devuelve los sombreros á los admiradores, da las gracias, responde como puede á los saludos, á los elogios, á los nombres gloriosos que le tributan de todas partes y llega por fin ante el palco del rey. Este saca del bolsillo una petaca llena de billetes de Banco y se la tira; el torero la coge en el aire y el público prorrumpe en entusiastas aplausos. Durante este tiempo la música ejecuta la marcha fúnebre del toro; se abre una puerta y salen por ella al galope cuatro soberbias mulas con hermosos penachos, caireles y cintas amarillas y encarnadas, guiadas por unos cuantos *chulos*. Son las mulas de arrastre que se llevan uno á uno los caballos muertos y, por último, el toro, para dejarlo en una pequeña plaza vecina, donde le espera una horda de pilletes que mojan los dedos en su sangre, siendo despues desollado, despedazado y vendido... El redondel queda li-

bre, suena el clarín y retumba el tambor. Un segundo toro sale de su encierro, ataca á los picadores, revienta caballos, ofrece su cuello á los banderilleros y muere á manos del *espada*; y así un tercero, y un cuarto, hasta seis.

¡Cuántas emociones, temblores y sobresaltos durante el espectáculo! ¡Cuántas veces palidece uno de repente! Pero vos, extranjero, vos sois el único que allí temblais: el muchacho que junto á vos se encuentra ríe á carcajadas; la jóven sentada en frente está loca de alegría; la dama del palco vecino dice que nunca se ha divertido tanto... Necesario es ir á la plaza para aprender el idioma. ¡Oh, qué gritos y qué exclamaciones! Mil distintas voces saludan la aparición del toro: "¡Hermosa cabeza!... ¡Qué preciosos ojos!... ¡Este sí que hará correr sangre!...— ¡Anda, que vales un tesoro!" Y le dedican palabras de amor. Si ha muerto un caballo.— ¡Buena! le dicen.— ¡Ved lo que le ha sacado del vientre! Un picador yerra el golpe, pone la pica donde no debía ó le falta valor para recibir el empuje: ¡infeliz! más le valiera no haber nacido; porque aquello es un diluvio de injurias que ha de escuchar impasible. "¡Gandull!... ¡Embustero!... ¡Anda á la cuadra!... ¡Asesino, hazte matar!..." Y todos se levantan para señalarle con el dedo y amenazarle con los puños cerrados. Pero no pára aquí la cosa, pues no falta quien pase á vías de hecho arrojándole á la cara cáscaras de naranja y puntas de cigarro. Cuando el *espada* mata el toro de primera intencion, escucha palabras de enamorado delirio: "¡Ven aquí, ángel mío! ¡Dios te bendiga,

Frascuclol" y otras por el mismo estilo. Y le tiran besos, y le llaman, y le tienden los brazos como para abrazarle. ¡Qué profusion de epítetos, de palabras galantes, de proverbios! ¡Cuánto fuego y cuánta vida!

Pero solo he narrado la muerte de un toro, y la verdad es que durante la corrida suceden mil distintos accidentes. Aquel mismo día, un toro metió los cuernos en el vientre de un caballo, levantó en alto cabalgadura y jinete, los paseó en triunfo por la plaza y los arrojó por último al suelo como un saco de patatas. Otro toro hirió á cuatro caballos en pocos instantes; un tercero se revolvió con tanta furia contra caballo y picador, que éste al caer dió con la cabeza contra la barrera, perdiendo el sentido. Lo llevaron á la enfermería. Pero no por esto, ni por una herida grave, ni por la muerte de un torero, se interrumpe la corrida. El programa lo dice y no se falta á él por nada del mundo: si uno muere queda otro para reemplazarle. El toro no ataca siempre: hay algunos, cobardes ó recelosos, que llegan hasta el picador, se detienen y huyen despues de un rato de indecision; otros, de *carácter tierno y bondadoso*, no responden á las provocaciones, dejan que el picador llegue hasta ellos para plantarles la pica en el cuello y retroceden moviendo la cabeza, como diciendo: "¡Si á mí no me gustan esos juegos!" Y al huir, se vuelven de pronto para mirar con aire de sorpresa el grupo de capeadores que le persiguen, y no parece sino que exclama: "Pero ¿qué demonios quieren ustedes de mí? ¿Les he hecho acaso algun daño? Enton-